

HISTORIA LOCAL: EL RITMO DE LA HISTORIA BARRIAL*

JOHN JAIME CORREA RAMÍREZ

Recibido: 20-10-2006
Aprobado: 31-10-2006.

Artículo de investigación

* Este texto fue leído en el marco del I Foro Regional de Historia Contemporánea, en la Universidad de Antioquia, octubre 28 de 2005.

** Historiador - Magíster en Ciencia Política, docente Escuela de Ciencias Sociales - Universidad Tecnológica de Pereira, jjcorrea@utp.edu.co

Resumen

La invitación es a pensar la historia local urbana en la perspectiva de la historia barrial. Asumiendo el barrio popular, en este caso concreto, el barrio Castilla de la ciudad de Medellín, como un lugar de identidad urbana, se interroga a partir de diversas fuentes escritas, visuales, literarias y orales, la sucesión de violencias que han acaecido en su historia reciente, los lugares de la memoria que se han entretejido a lo largo de los años y su relación con la historia local y nacional, en especial, entre los años 1950 y 2000. Se trata de superar las visiones estigmatizantes que tienden a ver el barrio popular como un espacio subnormal o anómico, y en su lugar se propone un ejercicio a escala, apoyado en los métodos indiciarios de la microhistoria de la vida cotidiana.

Palabras clave: Medellín, violencia urbana, historia barrial, malevaje, sicariato.

Abstract

LOCAL HISTORY: THE RHYTHM OF NEIGHBORHOOD HISTORY

This article invites the reader to think about the urban local history from the perspective of the neighborhood history. The working class neighborhood, in this case, the Castilla neighborhood of Medellin, as a place of urban identity, is questioned from several writings, visual, literary and historical oral sources, in the violent successions in recent times that have created places of memory throughout the years, and its relation with local and national history, especially between 1950 and 2000. This article hopes to go beyond the typical stigmatization visions that usually see the working class neighborhoods as a subnormal space, by trying to carry out a special exercise based on the microhistory of every day life.

Key words: Medellín, urban violence, neighborhood history, “malevaje”, “sicariato”.

John Jaime Correa Ramírez

Antes que nada, una breve dedicatoria: a los que han hecho de su pequeño lugar, en este caso, de su barrio, “la pequeña parcela del universo que toca cultivar”, como dice Jorge Alberto Naranjo¹.

La presente ponencia se plantea a modo de invitación para explorar creativamente el universo de relaciones y significaciones sociales que se pueden leer a partir de la investigación histórica barrial. Sin pretender ofrecer una especie de guía práctica, en el texto se destacan aspectos teóricos, junto con un sucinto balance bibliográfico, que buscan, ante todo, mostrar la pertinencia de este tipo de miradas, y en segunda instancia, se socializan las estrategias metodológicas aplicadas en el estudio de la historia del Barrio Castilla, ubicado en el noroccidente de la ciudad de Medellín, entre los años 1950 al 2000.

Introducción: la construcción de la mirada histórica sobre el barrio

Juan José Sebrelli, en su clásico libro de sociología urbana, *Buenos Aires. Vida cotidiana y alienación*, hizo una descripción del barrio obrero popular en los siguientes términos:

“El barrio obrero es algo así como una zona subdesarrollada enquistada en el seno mismo de la sociedad industrial moderna, donde predomina un tipo de mentalidad primitiva, tradicional, mágica, supersticiosa, supervivencia de la estructura campesina de donde generalmente procede la familia obrera” (Sebrelli, 1979: 138).

Esta visión respecto al barrio, como punto nodal de tensiones entre desarrollo industrial y subdesarrollo urbano, como choque entre la tradición y la modernidad, o entre lo formal y lo anómico, fue, sin duda, una de las maneras más tradicionales de asomarse al universo de la vida barrial y su cotidianidad. El despertar de las Ciencias Sociales en nuestro continente, en especial, en aquellos ámbitos académicos de las nuevas carreras universitarias humanísticas o sociales, tuvieron como un punto de referencia constante el tema de las problemáticas barriales, asociado a problemas mayores o quizás más estructurales –según la jerga académica de la época–, como eran la tenencia

¹ Naranjo, Jorge Alberto, “La universalidad de lo local”. Citado por Naranjo, Gloria, 1993, “Una mirada a Medellín a través de sus zonas”, en: *Memorias del Seminario “Una mirada a Medellín y al Valle de Aburrá”*, B.P.P., Medellín, p. 205.

de la tierra, la migración del campo a la ciudad y la oferta de mano de obra barata y poco preparada para la industria. Igualmente, los denominados “problemas barriales” se constituían en una extensión de las discusiones respecto al papel de las “masas” en la construcción de ciudad, tema que llamó la atención de un buen número de académicos durante esta época.

Se podría afirmar que para el caso colombiano, cierta tradición académica abordó el análisis de los barrios que se formaron masivamente entre los años 50 y 70 del siglo pasado, en especial de aquellos barrios denominados como piratas, subnormales, marginales o populares, a la luz de enfoques sociológicos como eran la exclusión o la no-integración, e incluso económicos, cuando se buscaba llamar la atención sobre la economía informal allí imperante².

Esta forma de enfocar las diversas problemáticas que surgían del desarrollo y crecimiento de estas unidades socio-espaciales, se hacía mucho más reduccionista y encasilladora –y en el caso particular de Medellín–, por la estigmatización proveniente de las autoridades de policía y de planeación municipales, al denominarlas como nichos de informalidad y delincuencia.

En esta construcción de la mirada histórica sobre la vida barrial, la literatura ha desempeñado un papel importante, al llamar la atención sobre otros significados de la vida colectiva y el entramado social envolvente, oscilando entre las imágenes, en ocasiones bastante bucólicas, del viejo barrio popular añorado como la patria chica de casas con puertas abiertas, el lugar de los primeros amores, del vecindazgo solidario, etc., y en otras ocasiones, dando cabida a un imaginario sobre el barrio como escenario sórdido de pequeños crímenes, de violaciones, de prostitución y venta de marihuana, en el que imperan gloriosos hampones. En esas extrapolaciones podemos recordar brevemente, para el caso de Medellín, algunas obras como las de Juan José Hoyos, con *Tuyo es mi corazón*, Jaime Espinel, con *Manriques micro's*, León Valencia, en su reciente novela urbana *Con el pucho de la vida* o Helí Ramírez, con su texto de poemas dedicado al barrio Castilla titulado *En la parte alta abajo*.

Para el ensayista Juan Guillermo –Memo– Ángel, el barrio, más que un conjunto de calles, casas y aceras –“a veces armónico, a veces caótico”–, es “una metáfora. Y una invención. Un cruce de destinos. Espacio para los sueños

² Ver Vargas Lesmes, Julián, 1986; y Torres, Alfonso (s.f.)

y la pequeña tempestad del chisme. Un ir y venir de historias” (Ángel, 1998). Jorge Alberto Naranjo habla de “la autoctonía de los lugares” y Catalina Reyes hace referencia al barrio como “la geografía de recuerdos colectivos”³.

En este ejercicio de construcción de la mirada histórica sobre el barrio, de esta *petite histoire*, también han ocupado un lugar importante los historiadores empíricos, cuyo objeto de estudio se ha centrado en muchas ocasiones en elaborar el recuento cronológico de una gesta fundacional, en exaltar el fervor religioso de un grupo de vecinos o un origen comunitario o popular. A pesar de que este tipo de trabajos es objeto de innumerables críticas, no obsta decir que sus relatos están dotados de una fuerza particular, de una autenticidad, que hace visibles ámbitos particulares y hasta ahora desconocidos en la conformación, desarrollo y cambios de la sociedad medellinense, en especial a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Hoy, a comienzos del siglo XXI, la problemática de los barrios populares o de los nuevos asentamientos urbanos no disminuye, ni tampoco las estigmatizaciones desde distintos ámbitos de la administración municipal. Procesos nuevos como el desplazamiento y las migraciones interurbanas, se combinan con problemáticas de vieja data. Y en su misma dinámica, cada barrio continúa dejando huellas de una historia particular, frente a la cual se generan nuevos interrogantes y se amplían las viejas preguntas, aún sin respuestas claras, al menos desde lo que concierne al campo de las Ciencias Sociales. En el caso de los cultores de la flemática *Clio*, nos hemos mostrado por lo general muy reservados a la hora de dar cuenta de la importancia de la vida barrial y sus implicaciones en la dinámica social urbana. En ocasiones se llegó a decir que el estudio de los barrios, por su complejidad, y en especial, por su reciente periodicidad o por pertenecer al campo de la historia inmediata y el tiempo corto, era un dominio casi exclusivo de la Sociología Urbana o delegado a quienes se sintieran atraídos por el campo de la denominada Antropología de la Pobreza.

Sin embargo, para el caso de Medellín, la situación ha variado un poco desde la década de los años 90, con la aparición de una serie de libros y artículos que recogen una buena base de información, especialmente en prensa, archivos de inspecciones municipales y sobre todo, de historia oral, con la cual ha sido posible empezar a interpretar el devenir histórico de los barrios en Medellín⁴.

³ Reyes, Catalina, 1997, “Prólogo” del texto de Bustillo Naranjo.

⁴ Para el caso es indispensable citar los trabajos de Villegas, Lucelly, “Poblamiento y Violencia en la zona nororiental de Medellín”, en: Giraldo, Carlos Alberto y otros, 1993; Coupé, Françoise, 1993;

La elección del barrio como unidad de análisis socio-espacial o como laboratorio microsocioal desde una perspectiva histórica, facilita el seguimiento de la pista de una serie de diferentes procesos sobre los cuales se ha tejido, quizás de manera muy inestable, un tipo específico de sociedad barrial, una sociedad territorializada, de muros invisibles, dentro de una sociedad mayor que sería el conjunto de la sociedad urbana. Así mismo, tampoco se puede perder de vista que lo local, observado desde la perspectiva de la dinámica o la cotidianidad barrial, es, a su vez, parte de un todo más amplio y complejo, que supera los entornos físicos culturales inmediatos, y que trasciende a redes de poder y sistemas socio-políticos mayores que interactúan en otros ámbitos de la ciudad y que se modifican constantemente.

Se ha dicho que los procesos de violencia urbana vividos a finales de la década del 80 y comienzos del 90 del siglo pasado, reflejaron a contraluz la existencia de otra ciudad. *La tacita de plata* dejó de pensarse como algo homogéneo, y empezó a ser reconocida en su variedad y heterogeneidad, a la manera de “una colcha de retazos”, como planteaba Alonso Salazar en su famoso libro *No nacimos pa’ semilla*. Hoy, a la par de una historia urbana, existen, pues, con pleno derecho y carta de ciudadanía, un sinnúmero de historias barriales.

Con “pulso de relojero”, se trata, entonces, de identificar estas dinámicas espacio-temporales, para ahondar en el entramado de lo urbano desde lo barrial, y recíprocamente no perder de vista el conjunto de dinámicas urbanas que se expresan de manera particular en la vida barrial. Éste es, pues, el objetivo del presente artículo, partiendo de la premisa de que esta nueva mirada, que ahora se propone, requiere de una mayor fundamentación conceptual y metodológica.

Invitación a la historia barrial: Entre la microhistoria y la historia de la vida cotidiana

De la historia barrial se podría decir, al igual que lo hace Giovanni Levi sobre la

Botero, Fernando, 1996; Restrepo Mejía, León, 1996; Naranjo, Gloria, 1992; Betancur Gómez, Jorge Mario, 1997. Debe sumarse a este importante repertorio las tres versiones del concurso *Escriba la Historia de su Barrio*, promovido por la Alcaldía de Medellín entre 1987 y 1991 y la publicación de las obras ganadoras del concurso *La historia de mi familia*, promovido por la Alcaldía de Medellín en 1996, que han permitido acumular un gran acervo documental para la consulta de los interesados en el tema de la historia barrial.

microhistoria, que su ejercicio no se basa en “. . . textos o manifiestos teóricos. [La historia barrial] . . . es por esencia una práctica historiográfica, . . . cuyas referencias teóricas son múltiples y, en cierta medida, eclécticas” (Levi, 1993: 119).

En esta nueva invitación a adentrarse en el ejercicio de la historia barrial, no debe haber lugar a determinismos ni enfoques prescriptivos o causalistas. La importancia de su enfoque radica sobre todo por la descripción *in situ*, que permite una descripción más cercana del comportamiento humano y por ende, social. En este sentido, la historia barrial también es susceptible de adoptar la “reducción de escala” propuesta por Levi, bajo el presupuesto o la convicción de que esta mirada “microscópica” podrá revelar factores anteriormente no observados o pasados por alto, en el caso de la historia urbana de una determinada ciudad (Levi, 1993: 119). Sin duda, la historia barrial permite entender problemas respecto a los ritmos internos de poblamiento de la ciudad, a los procesos de presión por la adquisición de vivienda urbana, así como otros procesos demográficos o sociales de diversa índole.

De suerte que las historias barriales tienen pertinencia en razón de una historia urbana más amplia. Adaptando un enfoque presentado en el *Diccionario de la Nueva Historia* sobre Historia Urbana, las historias barriales bien podrían constituirse en una de las maneras de identificar las tramas más íntimas de una sociedad, rastreando la singularidad de ciertas prácticas sociales en un espacio territorial dado, a partir de una mirada que se entrecruza con una historia material del espacio ocupado y con la generación de representaciones mentales que engrosan el inventario diferenciado de los procesos y modelos culturales con los cuales se piensa y se representa la ciudad⁵.

Visto de esta manera, el barrio emerge como un auténtico microlaboratorio. Jesús Martín-Barbero señala que la irrupción del barrio en el contexto de lo masivo urbano permite desarrollar dos lecturas particulares, o microscópicas, que van en dos movimientos que confluyen en un ritmo incesante (y a veces conflictivo). Por un lado se trata de entender el movimiento de “dislocación espacial y social” que abren los barrios en la ciudad por la fuerza de sus sucesivos “aluviones migratorios” que se pueden leer a través de una cartografía urbana superpuesta⁶, y por otro lado, estaría el movimiento de “fermentación

⁵ Ver “Historia Urbana”, en: *Diccionario de la Nueva Historia*, bajo la dirección de Le Goff, Jacques, 1985, París, Editorial RETZ.

⁶ Debo esta idea a mi amigo Leonardo Fabio Díaz, estudiante de IX semestre de Etnoeducación y Desarrollo Comunitario, en la Universidad Tecnológica de Pereira.

cultural y política de una nueva identidad de lo popular”, tanto desde el punto de vista formal como informal. De este modo, “rehaciendo solidaridades de origen ... o de trabajo, el barrio anuda y teje nuevas redes que tienen como ámbito social la cuadra, el café, el club [de billares], [la escuela, el viejo teatro de barrio], la sociedad de fomento y el comité político”(Martín-Barbero, 1987: 213).

En este mismo sentido, la invitación a la historia barrial puede acercarse al campo de la historia cotidiana, aquella que se teje en torno al trabajo, la vida familiar, las diversiones, los paseos, el consumo, las canciones, los lenguajes y las jergas del habla común, así como en los espacios de la casa, el mobiliario, las imágenes religiosas, la comida, la indumentaria, las relaciones familiares, etc. Como señala María del Carmen Collado, la historia de la vida cotidiana sería, en este sentido, “el extremo opuesto de los grandes hechos históricos” (Collado, 2002: 5). Y es ahí donde la vida barrial tiene sentido, no sólo cuando sus conflictos detonan por toda la ciudad, sino también cuando su vida cotidiana, desde la mañana hasta al amanecer del día siguiente, desde el niño o niña que nace a diario, hasta la triste muerte del anciano que abandona esta vida cargado de recuerdos, pasan imperceptibles ante el ulular y el tráfago de la gran ciudad.

Vida cotidiana que en muchos casos habla de luchas de supervivencia, como de estrategias de resistencia o adaptación de numerosas y anónimas familias que han vivido una larga historia de peripecias, que quizás se iniciaron con la evasión de controles para la invasión de terrenos o para tomar por contrabando el acceso a los servicios públicos, que también tienen que ver con el uso de las viviendas como taller o el taller como vivienda, o cuando se improvisan casas como tiendas que se dedican al expendio de alimentos y mercancías, o como talleres para la reparación de calzado, radios, sombrillas u ollas a presión, con avisos plagados de errores ortográficos, ahorrándose el pago de alquileres, que reducen el costo de la mano de obra empleando al abuelo, a la hermana, al cuñado, a los hijos y los nietos, si es necesario. Casas que han servido para la cría de marranos y gallinas, que se han vuelto inquilinatos, puertos secos en mitad de la ciudad, como diría José Luis Romero, y que dan cuenta de prácticas de resistencia y supervivencia silenciadas, en un proceso continuo de reterritorialización, tras su migración del campo a la ciudad.

Vida cotidiana que permite que emerjan del silencio personajes anónimos, que nos hablan de ellos mismos, que es necesario rastrear a través de sus

propias voces y las de otros, para recuperar sus memorias de épocas pasadas, pero que también será menester aprender a complementar o a contrastar con otras fuentes documentales, quizás aquellas mismas en las que quedaron consignadas las miradas de las autoridades, empleados públicos y de otros sobre los modos de vida marginales o anómicos de estos nuevos pobladores de la ciudad. Hoy podemos interrogar archivos de las Secretarías de Gobierno Municipal y Desarrollo Comunitario, e incluso del mismo Concejo Municipal, y encontrar allí cartas de los habitantes y las organizaciones barriales, lo mismo que informes oficiales, que al tratar de dar cuenta de la peligrosidad del sector de un determinado barrio o de la carencia de instituciones educativas o de espacios deportivos, nos dejaron señales, quizás de manera indirecta e inconsciente, de los modos de ocio y los sitios de esparcimiento—incluidos los prostíbulos—dentro del mismo barrio, que hacían más llevadera la vida de estas personas, en una ciudad que a veces podría parecerles lejana y excluyente, y donde embriagarse podría ser una forma de escapar de su mundo de pobreza y miseria.

Estos enfoques, que permiten visualizar otros actores y otros procesos históricos significativos en la construcción de la ciudad, requieren de metodologías y de fuentes de nuevas procedencias o que han sido poco valoradas o estudiadas hasta el momento, pero que como se ha dicho, necesitan articularse con metodologías y fuentes un poco más tradicionales. Desde el punto de vista metodológico se hace preciso trabajar con métodos quizás más cercanos a la etnología, como la historia oral y la observación participante, que se combinan a su vez con métodos tradicionales de la historia demográfica o la historia documental. Sin embargo, una condición *sine qua non* es la capacidad de sorpresa frente a lo minúsculo e incluso lo rutinario, combinada con un poco de curiosidad *voyeurista* para adentrarse en los ámbitos íntimos de la microhistoria del barrio y su vida cotidiana.

Investigando la historia barrial: Notas recopilatorias de un ejercicio de historia barrial

No es mi intención hacer un inventario de posibles temas y fuentes. La dinámica del barrio es como la vida misma, imposible de abarcar conceptualmente y mucho menos a través de un ejercicio como el que me propongo en este artículo. En su defecto, quiero remitirme a un ejercicio de historia barrial que hice de tiempo atrás y del cual siempre me siento deudor, conmigo mismo y

con la gente del barrio Castilla de Medellín, por no haber mostrado la riqueza de los hallazgos que pude obtener. Sea éste el momento para presentar brevemente algunas experiencias, que también sirvan, a modo de ejemplo, para demostrar la manera tan creativa como se puede abordar el estudio de otras historias barriales.

Nacer, crecer, casarse, morir

Para iniciar, digamos que hay un lugar en el que prácticamente cada uno de los habitantes del barrio ha dejado una huella testimonial y espiritual: es la iglesia. Allí en los archivos parroquiales reposan los registros de vestigios sobre el crecimiento de la población y sus defunciones. Se trata de una historia menuda, del día a día, que nos muestra de manera tangible la forma como la iglesia determina muchos de los ritmos de vida del barrio, celebrando fechas especiales: domingos de bautizos, primeras comuniones y confirmaciones colectivas, sábados de bodas, así como los intempestivos, pero inaplazables redobles de campanas anunciando la partida de los seres queridos –y quizás también odiados por otros–.

Por lo general, la historia demográfica pertenece al campo de la historia lenta, de mediana y larga duración, que va registrando de manera rutinaria el paso de pequeña localidad a un gran poblado o ciudad. En el caso de los archivos parroquiales del barrio se consigna una historia demográfica distinta, en este caso explosiva, de ascensos vertiginosos. Más allá de la curiosidad que nos mueve a consultar el archivo parroquial para establecer la identidad del primer niño o niña bautizado –a la manera de quien inaugura la vida en el barrio–, los registros parroquiales son como una especie de registro civil antiguo, a partir de los cuales es posible rastrear el origen externo de las personas, en este caso, de los padres que llevan fervorosamente sus hijos ante el altar, junto con sus abuelos maternos y paternos y los padrinos. Todos allí, debidamente cedulados, quedan registrados, proporcionándonos nuevos datos para establecer el origen de las migraciones de los pobladores que llegan al barrio.

En este sentido es de especial ayuda trabajar con el método francés de reconstrucción de familias⁷, que a partir de un detallado seguimiento permite

⁷ Ver Cardoso y Pérez Brignoli, 1999:153.

entender otros aspectos como la fecundidad (¿con qué periodicidad o durante cuántos años continuos asiste una familia a la iglesia para bautizar hijos?⁸), religiosidad y costumbres religiosas (en especial, cuando se pasa de una generación de primeros pobladores, particularmente entre los años 50 y 60 del siglo pasado, de raigambre campesina, que bautizan a sus hijos con días, o a lo sumo, con una o dos semana de nacidos, a una generación, quizás a partir de la década de los años 70, que dilatan la ceremonia del bautizo hasta los dos o tres años, especialmente en el caso de madres solteras a la espera de un padre que reconozca al hijo o de un sacerdote que acepte por fin bautizar a un hijo “natural”). Aquí también se podrían denotar, a partir de un estudio micro de esta naturaleza, cambios en la estructura familiar, pasando de la familia nuclear a la familia atomizada, en un período de transición que coincide con los análisis sobre los cambios en los tipos de familia en Colombia, producto especialmente de la acelerada urbanización y de la migración campesina.

Mediante este rastreo de familias se pueden empezar a identificar unas primeras formas de sociabilidad barrial, por ejemplo, en el paso cualitativo de la condición de vecino a la casi familiar de compadre, y que quizás, años más tarde, los lleve a visitar nuevamente la iglesia para establecer alianzas matrimoniales entre sus hijos ya grandes. El estudio micro del archivo parroquial permite corroborar, en un buen porcentaje, aquella “ley” sociológica que dice que las personas tienden a casarse con personas de su igual condición socioeconómica. A pesar de que la ciudad ofrece mayores posibilidades de ascenso social, es factible demostrar, a través del método de familias, como se entreveran entre sí los árboles familiares de los vecinos del barrio, en una historia que aún continúa⁹.

De igual modo, el archivo parroquial de la iglesia del barrio nos abre la puerta de la historia de la muerte, una historia menos gozosa y sin duda dolorosa, que no se celebra efusivamente. De nuevo, la demografía cualitativa nos resulta

⁸ En mis indagaciones de la Iglesia San Judas Tadeo, del barrio Castilla, pude evidenciar el rastro de familias que entre los años 50 y 60 asistían mínimo una vez al año a bautizar un hijo, y esto lo hacían durante 10 ó 12 años seguidos. Llegué a encontrar el caso de una familia con 17 hijos, de los primeros pobladores del barrio. Otra constatación: a partir de los años 70, el número de hijos empezó a reducirse por familia. En un comienzo se redujeron a cinco o cuatro. Hoy, a pesar de las incontables excepciones, predominan las mujeres con 2 ó 3 hijos, máximo, y entre parejas de hecho, en muchos casos. Se pregunta uno respecto al relativo éxito que pudieron tener los métodos anticonceptivos entre las mujeres de los barrios populares.

⁹ Quizás hoy en día sea más difícil trabajar con el método de reconstrucción de familias. A pesar de que el número de matrimonios sigue siendo considerable, las fuentes parroquiales empiezan a registrar con mayor frecuencia el bautizo de hijos de parejas bajo unión libre.

de mucha utilidad. Más allá de las estadísticas en cifras brutas sobre mortalidad, por género o por edades, las actas de defunción nos permiten diferenciar la muerte natural de la muerte violenta, al igual que la forma como varían las causas de muerte. En el caso del barrio Castilla, durante las décadas del 50 al 80, mueren principalmente los niños menores de un año debido a enfermedades gastrointestinales y respiratorias, asociadas sin duda a las pocas condiciones de salubridad del barrio y de las viviendas. Entre los habitantes del barrio es frecuente encontrarse con los relatos de personas que en su historia familiar recuerdan la muerte de uno o varios hermanitos pequeños casi a los pocos días de nacidos. Entre los adultos, especialmente de 35 y 40 años en adelante, y durante este mismo período, la principal causa de muerte es la cirrosis. Y en el caso de las escasas muertes violentas que se presentaban se menciona el tipo de arma blanca utilizada por los homicidas: machete, cuchillo, ‘chupa-chupa’.

Y en ese mismo archivo parroquial irrumpe, a finales de la década del 80 y casi a todo lo largo de la década de los 90, el carrusel de la muerte. El archivo parroquial fue testigo mudo –pero elocuente– del desangre de los jóvenes del barrio y de la ciudad. Además, los muertos que se cantan en la iglesia son los muertos íntimos del barrio, no aquellos que dejaron botados en parajes alejados de la ciudad o que quedaron regados en calles o esquinas de barrio extraños.

Poblar – Habitar

Las personas que asistían a la iglesia por motivo de bautizos, matrimonios e incluso defunciones, dejaron consignados muchos datos sobre su procedencia, que fue posible cuantificar y establecer tendencias, en cuanto a sus lugares de origen. Con esta información fue posible empezar a poner en cuestión ciertos lugares comunes respecto al crecimiento de la población de Medellín a mediados del siglo pasado por causa de la violencia bipartidista. Cruzando esta información con datos de Planeación Departamental, que se pueden empezar a consultar con cierta regularidad desde los años 60, y mirando municipio por municipio, uno empieza a relativizar el peso de la violencia en relación con el poblamiento de algunos barrios de Medellín. Quizás pesaba más el imaginario de modernidad y progreso en los humildes campesinos que ellos podrían alcanzar en la ciudad industrial de Colombia, al igual que las

mayores oportunidades de educación que se brindaban. Todo esto, en la misma medida en que las condiciones socioeconómicas en el campo se hacían más dramáticas.

Además, una conclusión a la que uno llega tras realizar entrevistas con los primeros habitantes del barrio, es que para poderse hacer con los lotes que la familia *Cock* promovía por radio y prensa, a cuotas y a precios muy favorables, era necesario estar ya radicado en la ciudad o tener una previa trayectoria urbana, de meses y quizás de años, en inquilinatos, en casas arrendadas o en casas de familiares, que les permitía identificar los sectores de la ciudad en los que se promovía este tipo de urbanización y posteriormente poder ir a observar los lotes y empezar pacientemente a construir sus humildes viviendas.

Y así, a partir de los procesos colectivos de construcción de casas, que rápidamente conforman cuadras, esquinas y manzanas, se van configurando identidades a partir de territorialidades y de la pertenencia a un mismo sector. La cuadra se torna en un punto de socialización. Es un ritmo de cotidianidad a veces difícil de percibir, pero en torno al cual se van configurando relaciones espaciales de un adentro y un afuera, que permiten reconocer rápidamente, al cabo de unos años, quiénes son del barrio y quiénes no lo son. Como señala Jesús Martín-Barbero, “el barrio proporciona a las personas algunas referencias básicas para la construcción de un “nosotros”, esto es, de una socialidad más ancha que la fundada en los lazos familiares y al mismo tiempo más densa y estable que las relaciones formales e individualizadas impuestas por la sociedad” (Martín-Barbero, 1987: 217).

La oralidad es de vital importancia para recuperar este ritmo particular de la vida cotidiana, de las luchas en torno a la consecución de servicios públicos, a los convites para abrir calles, para construir la iglesia y para empezar a nombrar calles, parques y escuelas, en algunas ocasiones con el nombre de los mismos urbanizadores piratas, convertidos en verdaderos “benefactores”, según la opinión de muchos pobladores.

El barrio es algo más que el lugar de dormitorio. Un aspecto interesante que resulta del ejercicio de la observación participante –nada difícil para quien habitó allí consuetudinariamente por más de 20 años– es notar que, en el caso particular del barrio Castilla, éste llegó a extender horizontalmente sus límites espaciales hacia finales de la década de los 70, y como no podía crecer más hacia otros lados, a partir de entonces el barrio empezó a crecer

verticalmente. Sobre los techos de teja de las casas de primeros pisos, se empiezan a construir terrazas, a afinar los cimientos, porque lo que sigue hacia arriba es la construcción de un segundo, un tercero y hasta un cuarto piso, para que habiten allí hijos, hermanos, cuñados, tíos, salvaguardando la estructura familiar. La forma como se tejen estas pequeñas historias es quizás de difícil lectura, que surge de una sensibilidad especial hacia el uso de los espacios, que no se puede aprender en ningún manual de técnicas de investigación histórica, que nace de la pregunta cómo fue el barrio antes y poder entender cómo ha llegado a adquirir esta nueva fisonomía. Al contrario de lo que ocurre en los barrios viejos de élite, que hoy se conservan como patrimonio cultural de la ciudad, en los barrios populares masivos, de calles estrechas y casas apiñonadas, siempre se está en procura de borrar esas huellas de un pasado humilde. Hoy son pocas las casas de adobe pelado y tejas de barro; la pobreza no es un patrimonio cultural para mostrar. Y de esto sí que podrían hablar las familias de ‘traquetos’, de ‘mulas’ o de jóvenes que sacrificaron sus vidas en el sicariato, que también han habitado en el barrio, y que con sus dineros producto de actividades ilícitas, han transformado la fachada de sus casas, con imponentes mármoles enchapados que nada dejan ver de un pasado quizás no tan lejano.

Identidad y memoria: las palabras, las imágenes, los objetos

En el barrio se es alguien: hijo, esposo, hermano, amigo, vecino, compadre, suegro, enemigo, un ligar de identidades, que hablan una historia de modo personalizado y no enajenante. Son pequeñas historias de vida, que en la sumatoria de historias individuales, prefiguran una historia común que es de todos; es la propia historia asumida de manera colectiva.

Las historias de vida se constituyen en un campo de exploración fecundo. El relato se vuelve grandilocuente, la historia propia se narra a modo de gesta, surgen los afectos, los recuerdos perdurables de la vida del barrio, el gran acontecimiento cotidiano, el gesto con el que se afirmó ante la vida, ante el amor, ante el conflicto, ante la muerte, y que fácilmente pasará al olvido. Como señala Alfredo Molano:

“Lo realmente válido del procedimiento de la historia oral es lo que los testimonios pueden recoger de la vida real de la gente real. No solo de

John Jaime Correa Ramírez

sus pensamientos, de sus ideas, sino sobretodo de sus sensaciones, de sus sueños, de sus perspectivas, de sus posibilidades, de toda la cadencia y toda la sustancia que realmente vive en la gente” (Molano, 1990).

Las identidades también reposan calladas y silenciosas en los álbumes familiares, pero que se tornan elocuentes cuando abrimos sus páginas y empiezan a cobrar vida las escenas de matrimonios, bautizos, primeras comuniones, paseos familiares, fiestas navideñas, etc. En estas fotos individuales, de grupos familiares o de ‘galladas’ de amigos, se dejan ver las modas, los motilados, las poses, que son otra forma de rastrear la memoria colectiva de la gente. Muchas veces el decorado escenográfico de las fotos se complementa con el frente de la casa, al lado del teléfono, el televisor, la radiola o el equipo de sonido, señalando la presencia silenciosa de objetos de consumo, que trascienden al campo simbólico como expresión particular de un nuevo estatus de progreso o modernidad.

Estas han sido otras formas alternativas e informales de empezar a habitar la ciudad, sobre las que hoy invitamos a indagar un poco más. Quizás tras estos mismos procesos históricos se puedan hallar claves explicativas para la conformación de nuevas ciudadanías urbanas, en ocasiones por la vía de la segregación espacial, las luchas reivindicativas, las resistencias escondidas tras violencias y delincuencias de mil rostros, y en otras ocasiones, por las vías autocomplacientes del consumo.

Anomia – Conflicto: memorias de violencias viejas y nuevas

De entrada se podría afirmar que el barrio es un laboratorio para examinar a escala las diferentes formas de violencia que han tenido presencia en la historia reciente del país. Coincide su fundación con los años en que se vivía el cruento conflicto bipartidista en zonas rurales del país. Sería interesante comparar, a través de diferentes historias barriales, la manera en que la violencia bipartidista se trasladó a la ciudad. Si bien se ha dicho que Medellín no se vio afectada por enfrentamientos bipartidistas sangrientos durante esta época, en muchos de los nuevos barrios que recién se formaban, la adscripción o las preferencias partidistas se constituyeron en un patrón de identificación societal. De estos primeros encuentros pudieron surgir solidaridades grupales al igual que enconadas rivalidades, diferencias que fácilmente se podían encauzar dentro de las redes clientelares de vieja data que ya existían en la ciudad, a través de

las respectivas casas políticas, o que de pronto explotaron intempestivamente en sitios tradicionales de encuentro. En el barrio Castilla se conocen organizaciones cívicas de corte partidista, así como bares y cafés de liberales y conservadores. Estos comités barriales mantenían estrecha relación con la alta oficialidad local. En el archivo municipal, en el Fondo de Correspondencia de la Secretaría de Gobierno, se encuentran interesantes cartas de comités de ambos bandos, solicitando favores personales, o denunciando la persecución política dentro del barrio por parte de funcionarios del bando opuesto, o por persecuciones a copartidarios en otros municipios del departamento de Antioquia.

Unos años más tarde, en especial a partir de la década de los 60, a medida que crece el barrio, surge una nueva generación de jóvenes que encuentran en el malevaje una forma particular de incorporarse a la vida del barrio y reorganizar territorialidades, por cuadradas o por galladas. Son los años de vigencia de los famosos Camajanes, con sus apodosos sonoros: *La Zaranda, el Zarco, Julio Peleas, el Zurdo, la Chinga, el Diablo, Coné, Preventorio, el Mariachi, el Guajiro, el Pote, el Pispo*, y otro sinnúmero de motes y apodosos de todas las procedencias. Detrás de la ‘chapa’ o el sobrenombre, se expresa un factor de identidad y una biografía aún por explorar.

Carlos Miguel Ortiz concibe los barrios populares como un espacio de socialización y simbolización, que vistos en la mediana duración, sirvieron de caldo cultivo al auge del sicariato en la ciudad. Para Ortiz, factores culturales que se expresan en creencias, representaciones, lenguajes, lazos afectivos familiares y grupales, y sobre todo, valores asociados a los ideales de la cultura antioqueña, como son la “hombría”, la “verraquera”, y que ahora se expresan en la famosa frase de “pa’ las que sean”, pueden ayudar a entender el surgimiento de unas primeras formas de violencia, relativamente artesanales por sus precarias formas de organización y el tipo de recursos elementales empleado para cometer sus fechorías (Ortiz, 1991: 66)¹⁰. A través de sus historias podemos identificar procesos de socialización informales, como el simple hecho de compartir un espacio común en la esquina de una cuadrada, así como otra serie de gustos comunes, sobre los que se gestan retos colectivos y relaciones de lealtad y solidaridad. Expresiones de territorialidad que van dando lugar a relaciones más complejas en torno al consumo de drogas y un rápido inicio en la delincuencia, y sobre todo, a establecer un afuera, donde

¹⁰ Para el estudio de estas primeras formas de delincuencia barrial y su posterior transformación hacia el sicariato, ver también Salazar, Alonso, 1990; Salazar, Alonso y Jaramillo, Ana María, 1992.

están los otros, los de las otras cuadras o barrios, u otros potenciales enemigos, en especial la “tomba” o la policía, que al decir de la mayor parte de las personas que crecieron en estos lugares, ha sido y es la “bandola” más corrupta de todas y la más peligrosa, por lo bien armados que suelen estar.

Las escenas asociadas con fenómenos bandoleriles abundan en la memoria colectiva de las personas como una primera forma de violencia. En el ejercicio de indagación por esa parte aparentemente anómica de la vida social del barrio, fue especialmente revelador el hallazgo de sumarios con las denuncias hechas ante la Inspección de Policía encargada de mantener el control del orden público en el barrio. Los afectados se quejan de robos y de zonas controladas por malevos de todas las calañas. Se hace alusión, por ejemplo a “un poco de gente maleva que hay por allá, que se mantienen del atraco, del robo, de la marihuana y donde la policía no entra allí después de las 6 de la tarde. Estos muchachos jugando balón o haciendo que juegan, cuelgan a la gente cuando pasa alguno”¹¹.

Se denuncia también la presencia de menores de edad. En marzo de 1966, un oficial de la construcción se quejaba del atraco de que fue víctima por parte de un grupo de jóvenes delincuentes: “. . . me contaron [decía el referido albañil] que lo que pasaba era que esos muchachos, que entre otras cosas, son menores de edad todos, tenían una banda debidamente organizada y que de ella hacían parte por lo menos 10 muchachos, los cuales eran ampliamente conocidos como la Bomba, Narices y el Mariachi”¹².

En el bajo mundo del barrio se teje un nuevo epicentro de su propia vida y en el que todo el mundo se reconoce. Allí hay una dinámica de identidad y de mutuos reconocimientos, por los que también pasa información de negocios, vueltas o chismes sobre la vida de los habitantes del barrio. Un rasgo muy particular de muchos de estos camajanes fue su moda, al igual que sus peinados. Una persona víctima de robo y lesiones describía a su agresor como “un muchacho moreno, alto, que acostumbra mucho ponerse una chaqueta morada, zapatos blancos encharolados y viste muy camaján, de unos 20 años, pelo negro y crespo, al cual le faltan uno o dos dientes en la encía superior”¹³.

¹¹ Archivo Municipal de Medellín. Fondo Inspecciones de Policía. Inspección No. 12. Sumario 86. 7 de enero de 1974.

¹² Archivo Municipal de Medellín. Fondo Inspecciones de Policía. Inspección No. 12. Sumario 428. 8 de marzo de 1966.

¹³ Archivo Municipal de Medellín. Fondo Inspecciones de Policía. Inspección No. 12. Sumario 84. 26 de febrero de 1962.

Se llega al extremo de casos como el sospechoso de robo, que fue detenido por la policía por porte de armas, y que al ser preguntado por qué andaba con un cuchillo respondió que tenía muchos enemigos en el barrio, y porque “además ese barrio es muy peligroso para caminarlo, hay muchos atracadores y marihuaneros... entonces, cargo arma porque muchas veces han intentado atracarme en ese barrio”¹⁴.

Se encuentran casos de familias enteras de delincuentes, entre los que también se señalan homosexuales y travestis. Se encuentran reiterativamente los casos de violencia familiar, por celos combinados con exceso de tragos. ¿Son acaso estos los reversos de otras sociabilidades, de otros órdenes o es la imagen contraria de la pregonada solidaridad y fraternidad de la comunidad barrial? Se encuentran, pues, problemas de convivencia de vieja data que hoy pueden dar luces sobre buena parte de los conflictos urbanos actuales.

Otras formas de delincuencia y vida anómica se pueden rastrear a través de la historia oral del barrio. Se recuerda la época de la fiebre de la ‘marimba’ y la proliferación de ‘jibariaderos’ tolerados por agentes de policía y del ya hoy poco recordado *Servicio de Inteligencia Ciudadana* (SIC). Igualmente los jóvenes que a finales de la década del 70 y comienzos de los 80 del siglo pasado empezaron a viajar como ‘mulas’ a Estados Unidos y golearon, que arreglaron sus casas y que además de introducir los *jeans Levis*, las camisas leñadoras, los tenis *Nike* o las botas alpinistas, trajeron drogas alucinógenas de “nuevos vuelos”, como las “pepas”, el ácido lisérgico y el bazuco, que se sumaban a la vieja tradición de la marihuana. Y así, el barrio se fue convirtiendo en el espacio de carnaval y muerte, en especial desde finales de la década de los años 80. Desde este momento, muy reciente por cierto, sólo se hablara de armas de fuego de todos los calibres, hasta las más artesanales, como los changones o los trabucos, que harían mezcla explosiva con el consumo de la coca y el ‘perico’. Como se dejó consignado en un grafiti de la ciudad durante esta época de difícil recordación, “mientras el país está de rumba, el país se derrumba”.

Conclusión

Para finalizar, es necesario agregar que cuando se aborda el estudio de lo local-barrial, no sólo se hace por un afán estrictamente académico. También

¹⁴ Archivo Municipal de Medellín. Fondo Inspecciones de Policía. Inspección No. 12. Sumario 94. (Sin fecha muy clara, aproximadamente del año 1970).

importa pensar en el sentido de este tipo de investigación y hacia qué público receptor se dirige, para quién se investiga, se escribe o se enseña una historia de esta escala. Así mismo, este tipo de historia nos motiva a explorar un ejercicio nuevo en la práctica historiográfica en nuestro medio: repensar los objetivos pedagógicos del estudio de la historia local en su necesaria articulación con la historia urbana y la historia nacional.

La historia barrial no es un ejercicio que se queda en una mera pose o en una reinterpretación destacada y profesionalizante de la historia, sino que lleva a promover una crítica frontal y sin evasiones de la sociedad, sea ésta a escala urbana o nacional. Más allá de los lugares comunes, las apologías o los alarmismos por un eventual desborde del populacho urbano, este tipo de historia barrial puede ser útil, en tanto permite mostrar los reversos de las otras caras de la convivencia y la integración, ahora que está tan de moda el tema de Cultura Ciudadana.

Bibliografía

- Angel, Juan Guillermo, 1998, *Historias del Barrio Prado*. Medellín: U.P.B.
- Betancur Gómez, Jorge Mario, 1997, *Moscas de todos los colores. Historias de vida del barrio Guayaquil de Medellín 1894-1934*, Bogotá, Premio Nacional de Cultura.
- Botero, Fernando, 1996, *Medellín 1890-1950, Historia urbana y juego de intereses*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.
- Bustillo Naranjo, Hugo, 1997, *Aranjuez, 80 años*. L. Vieco e Hijas, Medellín.
- Cardoso, Ciro F. S. y Pérez Brignoli, Héctor, 1999, *Los métodos de la historia*, Barcelona, Editorial Crítica.
- Collado, María del Carmen, 2002, “En torno a la historia de la vida cotidiana”, en: *Revista Universidad de México*, No. 615, Septiembre de 2002, Ciudad de México, Universidad de México.
- Coupé, Françoise, 1993, *Las urbanizaciones piratas en Medellín: el caso de la familia Cock*, Cehap – Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Le Goff, Jacques, 1985, *Diccionario de la Nueva Historia*, París, bajo la dirección de Editorial RETZ.
- Levi, Giovanni, 1993, “Sobre Microhistoria”, en: BURKE, Peter (Ed.) *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Universidad.

- Martín-Barbero, Jesús, 1987, *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili.
- Molano, Alfredo, 1990, “Reflexiones sobre historia oral”, en: *Gaceta de Colcultura*. No. 7. Bogotá, Colcultura.
- Naranjo, Gloria, 1992, *Medellín por zonas*, Medellín, Corporación Región.
- _____. 1993, “Una mirada a Medellín a través de sus zonas”, en: *Memorias del Seminario “Una mirada a Medellín y al Valle de Aburrá”*, B.P.P, Medellín.
- Ortiz, Carlos Miguel, 1991, “El Sicariato en Medellín: entre la Violencia Política y el crimen organizado”, en: *Análisis Político*, N. 14, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia. Septiembre – Diciembre 1991, Bogotá.
- Restrepo Mejía, León, 1996, “La historia de mi barrio”, en: *Historia de Medellín*, Tomo II, Bogotá, Suramericana de Seguros.
- Salazar, Alonso, 1990, *No nacimos pa’ semilla*, Cinep, Bogotá.
- Salazar, Alonso; Jaramillo, Ana María, 1992, *Las subculturas del narcotráfico*, Cinep, Santafé de Bogotá.
- Sebrelli, Juan José, 1979, *Buenos Aires. Vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, (15ª. Edición).
- Torres, Alfonso, (s.f.), “De la Historia como Memoria de Poder a la Historia como Memoria Colectiva. Una Lectura desde la Investigación Barrial en Colombia”. Bogotá. (fotocopia).
- Vargas Lesmes, Julián, 1986, “El barrio popular: una perspectiva sociológica del sector informal urbano”, en: *Poder Político y Estructura Social*, Memorias del V Congreso Nacional de Sociología, Medellín.
- Villegas, Lucelly, 1993, “Poblamiento y Violencia en la zona nororiental de Medellín”, en: Giraldo Carlos Alberto y otros. *Rasgando velos. Ensayos sobre la violencia en Medellín*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.